

que en esta novela se encuentra presente un credo que podría representar el de una buena parte de la generación de jóvenes de la clase media colombiana: "Mientras podamos follarnos a una tipa, tengamos cervezas y amigos, todo irá bien. Ésa era nuestra simiente de aquellos días, la simiente de tres tipos que se creían rudos y que sentían tener la verdad entre las manos, y por Dios que la teníamos" (pág. 19).

Es este credo de quienes podríamos llamar "bárbaros sensibles" el que explicará muchas de las situaciones del relato: el que la meta se vaya difuminando sin que a nadie realmente le importe; el hastío que se mezcla con la añoranza; las mil mujeres y el millón de cervezas que serán consumidas por los tres amigos.

Vale la pena hacer hincapié en ese innegable machismo que probablemente a más de una lectora incomodará. No sólo porque esa cacería de mujeres en los bares parezca ser una marca generacional que no podía faltar en la novela, sino porque es otra similitud con el medievo, junto a la búsqueda del Grial y aquella violencia que es el origen de la amistad entre los héroes. Como los caballeros medievales, los tres amigos de la novela parecen distinguir muy claramente entre la mujer terrenal y la ideal, posible sólo en la imaginación.

Me agradaba mucho esta mujer. Era linda, olía muy bien y era bastante lúcida, si eso es posible decirlo. Era una de esas mujeres que te recuerdan que no todas las mujeres son unas cerdas, ni unas imbéciles, ni unas perras; era de la clase de mujeres que jamás estarán contigo, porque son demasiado inteligentes como para hacerlo. [pág. 55]

Al final, el fondo de *Nada importa* no parece más que una constatación del hecho terrible de una generación que llegó a un mundo carente de ideales inmaculados, de ideales que no hayan sido previamente ensuciados por quienes los predicaron. De este modo, la nostalgia indefinida que se siente en múltiples páginas,

no es otra que aquella nostalgia de imposible de la que hablaba Camus; esa nostalgia del artista que no sabe dónde hallar una verdad y tiene entonces que crearla. "Quizás mi pronta lectura de los clásicos me hizo creer que las ilusiones, aunque absurdas, nos servían para permanecer en este mundo, un mundo en el cual no sólo debíamos estar, sino en el cual debíamos pararnos firmemente. Una permanencia de verdad, donde siempre tuviéramos nuestra cabeza en alto, la espalda recta, las piernas firmes y el corazón bien puesto en el pecho" (pág. 23).

Más allá de las apariencias, esta novela no merece ser juzgada como una obra superficial. A pesar de todas sus fiestas, licor y mujeres, su propósito parece ser la tarea casi imposible de contradecir la aseveración del título, en nuestra época de terror y vacío. Al final la moraleja que parece afirmar Robledo es tan simple como valiosa: *Nada importa...* Pero existe la amistad.

ANDRÉS GARCÍA
LONDOÑO

Al final: un sabor a duda

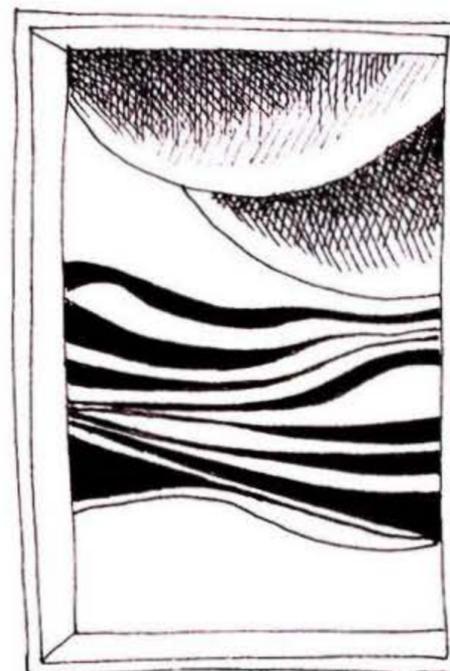
Sobre la tela de una araña

Ricardo Silva Romero
Arango Editores, Bogotá, 1999,
229 págs.

Desde hace ya varios decenios se ha venido hablando de la crisis del límite. Ya no se sabe muy bien qué es arte y qué no lo es. La publicidad comenzó a aproximarse de tal forma a las manifestaciones y expresiones artísticas, que ya la distinción no resulta tan clara.

La literatura, por su parte, comenzó a utilizarse como documento histórico; la literatura también es historia. En el campo de la arquitectura, el límite se comenzó a desteñir con la aparición de los medios de co-

municación masivos; sobre todo, con la televisión. La distinción entre lo privado y lo público tomó un nuevo sentido, cuando se comprendió que el adentro y el afuera debían replantearse, en cuanto conceptos arquitectónicos, gracias a los efectos que producía la televisión en el espacio-tiempo.



En general, se presenta una falta de claridad entre lo que algo es y lo que ese algo no es. En lo cotidiano lo vemos en la confusión de géneros. Muchos hombres han decidido traspasar el límite, y de seguro más de un promiscuo se ha llevado una desagradable sorpresa.

Pues bien: todo esto viene a colación a propósito de *Sobre la tela de una araña*. El libro reúne trece relatos. Un número interesante y peligroso. Al leerlo, se presenta la confusión del límite entre un texto de cuentos y una novela contemporánea. Entre un relato y otro aparecen y desaparecen personajes de las historias anteriores. Sin embargo, a pesar de que haya cierta continuidad en ese aspecto, no se puede afirmar lo mismo respecto a un tema.

Parece más bien como si el texto se extendiera cada vez más, como una tela de araña. Sin embargo, el hilo de la tela no es claro. No hay un único hilo sino nudos, puntos de encuentro en donde una historia y otra coinciden.

Las historias son las de los personajes. Son las personas las que arman la historia. Así, en la medida en

que un personaje aparece de improviso en una historia ajena, en la mitad del libro, se da este nudo o punto de encuentro.

Esta forma del libro, dispuesta como una estructura de red, da la sensación de no finalización. Como si lo que se nos estaba contando, de alguna manera, no hubiera terminado. Hay una impresión de incompletitud. Llega un momento en que, incluso, el lector alcanza a creer que al autor se le olvidó lo que estaba contando. No es, en definitiva, un libro compacto. Se alarga en buenas ideas que, por la estructura del libro, pareciera que deja inconclusas.



Sin embargo, esto no es cierto para el libro en su totalidad. Esa situación se da esporádicamente, y más que todo al principio.

El libro, igualmente, tiene en su estructura, dos lados. El lado A y el lado B. Esta aclaración, que se nos hace desde el mismo inicio de la lectura, nos recuerda al casi completamente olvidado formato de disco de acetato o de larga duración.

Normalmente, en los acetatos, la organización de las canciones se daba por orden de importancia comercial. Las canciones más exitosas se colocaban preferiblemente en el lado A, mientras en el lado B se imprimían los temas de relleno. Si acaso la primera del lado B era medianamente admirada.

El lado B siempre ha sido considerado como el oculto, como el otro lado. Algunos lo igualan con el lado desconocido de la luna, ese que nunca vemos desde la tierra. El lado B es el otro rostro de algo que tiene dos.

Ese lado B, después, se convirtió en algo apetecido, precisamente por ese aspecto de "desconocido" y "oculto" que tiene. El lado B era una alternativa presente frente al "muy normal" y típico lado A. De esta forma, el lado B —no sólo de los acetatos, claro, sino el de todo— se puso de moda.

Las camisetas y sacos al revés. Las costuras por fuera de las chaquetas. Todo lo otro que representa el lado B. Lado B = la diferencia. La alternativa.

Con la aparición del disco compacto esa diferencia se desvaneció. Ahora el lado A y el lado B se confunden como el mar y la playa cuando la ola llega de nuevo, y se va.

En *Sobre la tela de una araña*, sin embargo, la diferencia entre un lado y otro está claramente demarcada por el índice. Los seis primeros relatos son del A, los siguientes del B. Lo que no resulta tan claro es precisamente eso. ¿Por qué esa división?

Lo cierto es que la lectura es más clara en el lado oscuro. Quizá una interpretación que se puede dar a dicha división es la época en que los relatos fueron escritos. De acuerdo con el índice, el lado A fue escrito en su totalidad en 1996. Mientras el B lo fue en 1997 y 1998.

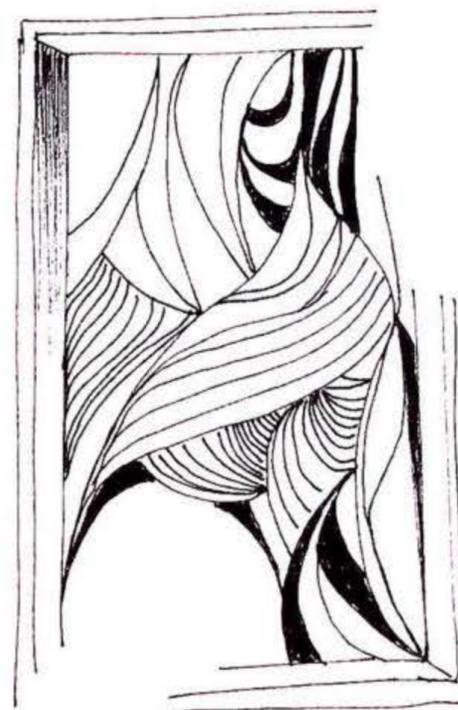
Ésa puede ser también otra razón para explicar que la lectura del segundo lado sea más ágil, más agradable y comprensible. Los años no siempre pasan por encima. Más aún si se es joven, como es el caso del autor: Ricardo Silva Romero, graduado en literatura y profesor de lo mismo. Tiene como su primera publicación este libro. Nació en 1975, y parece pertenecer a una generación de escritores que apenas se comienza a manifestar pero que sin duda tiene inquietudes artísticas bastante profundas.

Ha escrito poemas, y sus intereses y gustos, al parecer, se inclinan hacia la literatura contemporánea.

Se menciona en un relato al autor estadounidense Paul Auster, quien aún vive y escribe, y al que muchos críticos han clasificado dentro de la literatura posmoderna.

Lo cierto es que los trece relatos comparten todos cierta contemporaneidad, entre ellos mismos y el tiempo en que fueron escritos y son leídos.

Se encuentran personajes cotidianos de las calles. Muchos parecidos a nosotros, otros parecidos al vecino o al compañero de oficina. Son comunes también los pequeños dramas personales que cada quien atraviesa por distintas circunstancias y que ayudan a demarcar la personalidad.



Trece relatos o trece capítulos de una novela, no lo sabemos; de cualquier forma, son trece recorridos con identidad propia. Cada uno con un estilo propio, definido por la forma de la narración. Cada historia parece haber sido escrita con una mano distinta. Sin embargo, hay cierta comunidad entre cada parte del libro, y es la angustia de la vida. La ansiedad de la época, el miedo, la confusión, cierta desesperanza. La común sensación de que algo, en alguna parte, puede indicar la línea final del quiebre.

Sobre la tela de una araña comienza con el discurso del profesor Odrick Ravi. Con él anuncia su decisión de abandonar esta vida. Ha

decidido suicidarse. Se abre un congreso con un hombre que anuncia que quiere darse muerte.

Aparece, en el siguiente relato, Miguel: un alcohólico que decide superar su adicción. Asiste a una sesión de alcohólicos anónimos. Allí toma lugar la historia. Él, de pie frente a un público atento a escuchar su drama, cuenta la historia que lo llevó a dejar de lado toda responsabilidad y abandonarse al alcohol.

En otro capítulo, Lucas tropieza con el profesor Ravi cuando va camino de casa. Al llegar a ésta revisa el contestador automático. A Lucas lo ha llamado su madre, lo ha llamado Gonzalo, lo ha llamado una empleada de una entidad bancaria, lo ha llamado Ricardo Silva (sí, el mismo autor del texto. Cualquier parecido con lo que hace Paul Auster en *Ciudad de cristal* no puede ser coincidencia) y, finalmente, lo ha llamado Dios...

En el lado B, un esposo no se puede dormir. Mientras, su esposa embarazada sueña profundamente. De improviso deben salir hacia el hospital. Va a tener el bebé. En la sala de espera del hospital, cuando el hombre aguarda a que su mujer alumbré, comienza a descubrir varias cosas que quizá no sean tan agradables.

Ahora el sacerdote Juan Pablo Montañez dice la homilía en las exequias de Esteban Saavedra. Nada habría de extraordinario en esta situación si no fuera precisamente por las palabras del sacerdote. Punzantes, salidas de tono, irónicas, definitivamente; extraordinarias para la ocasión.

En *Sobre la tela de una araña*, título de uno de los capítulos o cuentos, algo bastante complejo comienza a tejerse durante una clase de literatura. Comentarios, miradas y papelitos van y vienen. La angustia de una niña que está o cree estar embarazada. La angustia de un novio que ignora que su novia quizá esté embarazada, pero que está seguro de no quererla tanto como ella lo quiere a él. Y varias situaciones más se dan en silencio, en medio de miradas a lo largo de la clase.

Breve esbozo de lo que se va a encontrar el lector cuando comience a recorrer los hilos de la tela. Finalmente, Silva Romero trata de recoger todas las arandelas que dejó sueltas a lo largo de todo el libro. Lo que hace pensar en que la idea sí era darle cierta estructura de novela. Aunque si lo es, definitivamente parece no finalizar. No le alcanzan las últimas páginas para darle ese toque, más bien prematuro. Queda el sabor, un poco de inconformidad, un signo de interrogación. La duda de si Silva realmente quería hacer lo que hizo o su intención era distinta, pero no alcanzó.

ALCIDES VELÁSQUEZ

Un panorama

Veinticinco cuentos barranquilleros

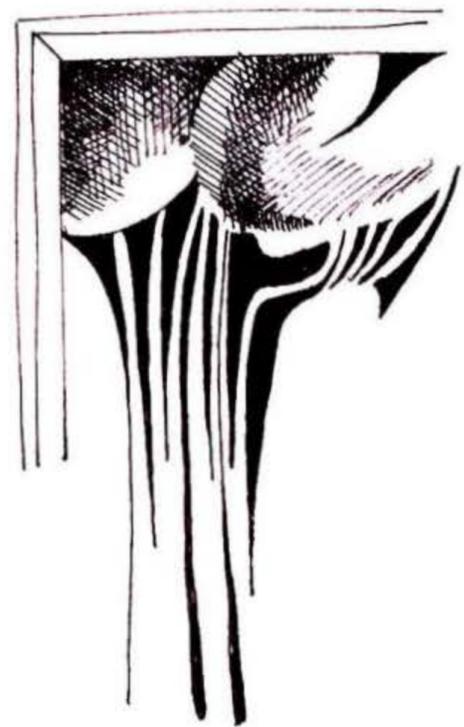
Ramón Illán Bacca (selección)

Ediciones Uninorte, Barranquilla, 2000, 272 págs.

Si algo ha caracterizado a las zonas costeras a lo largo de la historia, ha sido el ser lugares de intercambio; no sólo de mercaderías, como a veces se sobreentiende con lastimosa condescendencia, sino también de costumbres e ideas. Mientras que las ciudades del interior no tienen otra alternativa que convertirse en mecas culturales para atraer a los nuevos exponentes del arte y del pensamiento —como la tradicional París o la Bogotá de los años cincuenta—, las ciudades de la costa son centros de vanguardia naturales, pues las nuevas ideas llegan en cada barco. Mientras que unas tienen que atraer al mundo con buenas ofertas, a las otras les llega simplemente por estar donde están.

Sin duda desde Alejandría y la Atenas clásica esta situación ha cambiado algo —especialmente en el último siglo, por el desarrollo de las nuevas formas de comunicación—, pero incluso así la costa conserva su

aire de apertura, de hambre por las nuevas tendencias. Sin que contra esa realidad sea argumento válido el que en un país como el nuestro, con provincias tan marginadas por la "mirada oficial", un destino muy común para los artistas costeños sea emigrar hacia el interior en búsqueda de oportunidades para difundir su obra.



Dentro de ese marco, Barranquilla ocupa un lugar especial en la historia literaria de nuestro país. Ante todo está el lugar ya mítico que ocupa el Grupo de Barranquilla, cuyos integrantes tuvieron tan vasta influencia en la literatura colombiana y latinoamericana del siglo XX. Aún así, los autores barranquilleros no tenían una antología propia y esa es la causa principal de la creación de este libro, tal como lo comenta Ramón Illán Bacca en el prólogo:

Ahora, cuando se habla del cuento en Colombia, siempre se hace referencia a José Félix Fuenmayor, Álvaro Cepeda Samudio y Marvel Moreno como los más destacados en el género. Sin embargo, se presenta la paradoja de que sus trabajos se dan en antologías nacionales del cuento, pero no hay una antología regional donde se puedan detectar relaciones e influencias y vasos comunicantes. En resumen, todo lo que llamaría-